

El sermón del monte (IV)

La actitud ante el dinero y el prójimo

José Luis Sicre

Terminaremos en este artículo nuestro sencillo recorrido por el Sermón del Monte considerando sus últimas secciones: la actitud cristiana ante el dinero y la providencia, la actitud cristiana ante el prójimo, y los requisitos para mantener una actitud cristiana.

I. LA ACTITUD CRISTIANA ANTE EL DINERO Y LA PROVIDENCIA

Hemos visto que en las dos primeras partes del Sermón del Monte Jesús delimita la postura de sus discípulos frente a la de los escribas y fariseos. Pero esto no basta. Jesús sabe que cualquier persona, por muy religiosa que sea, no está preocupada sólo por Dios y por el prójimo, por las leyes y las obras de piedad, sino también por el dinero. Y no puede dar por terminado su discurso programático sin tratar este tema.

Esta cuestión es de las más delicadas, y resulta difícil en la práctica hallar el justo medio entre una postura radical de renuncia a todos los bienes (que Jesús sólo exige a algunas personas) y la postura que intenta conciliar el cristianismo con la riqueza.

En el AT se da un paso de la concepción de la riqueza como signo de la bendición divina a una actitud de mayor reserva frente a los bienes de este mundo. Esta postura crítica se encuentra también en otros pensadores religiosos y en filósofos. Los cristianos añaden a esto dos experiencias profundas: 1) a Jesús lo traicionaron por dinero (Mt 26,14-16); 2) "La seducción de la riqueza

ahoga la palabra de Dios y queda sin fruto" (Mt 13,22), como demostrará palmariamente el caso del joven rico.

Por consiguiente, no es extraño que Mateo se exprese con gran energía sobre el tema, aunque sus palabras resultan a veces demasiado concisas e incluso oscuras. Siguiendo el hilo del discurso encontramos los siguientes temas: una exhortación inicial a poner el corazón en Dios, no en el dinero; una segunda exhortación a la generosidad; imposibilidad de compaginar el culto a Dios con el culto al dinero; exhortación a la fe en la providencia.

Exhortación a poner el corazón en Dios (6,19-20)

"Dejaos de amontonar riquezas en la tierra, donde la polilla y la carcoma las echan a perder, donde los ladrones abren boquetes y roban. En cambio, amonto-
naos riquezas en el cielo, donde ni polilla ni carcoma las echan a perder, donde los ladrones no abren boquetes ni roban. Porque donde tengas tu riqueza tendrás el corazón".

Toda la gente tiene, casi por instinto, dos tendencias fundamentales en el terreno económico: procurar que no le roben y procurar aumentar su capital. Por eso, aceptamos con gusto determinados consejos cuando salimos de vacaciones, no dejamos objetos a la vista en los coches, nos cuidamos de invertir en valores absurdos. Por otra parte, intentamos aumentar nuestro capital, pequeño o grande. En el fondo de estas dos tendencias está el apego profundo a los bienes de la tierra, bienes que queremos conservar y aumentar.

Jesús parte de una tendencia muy distinta, la del primer mandamiento: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente" (Dt 6,5). Pero en este terreno resulta muy fácil engañarse, porque estamos acostumbrados a separar el amor a Dios del amor al dinero. Si a un cristiano le preguntan: "¿dónde está tu corazón?", podría responder: "está en Dios". Por eso Jesús formula la pregunta de manera distinta: ¿dónde está tu riqueza? Si está en bancos, acciones, edificios, objetos de arte, etc., allí está tu corazón, aunque intentes engañarte diciendo que está en Dios. La consecuencia es obvia, y por ella comienza el texto: "Dejaos de amontonar riquezas en la tierra...; en cambio, amontonaos riquezas en el cielo".

Es decir, Jesús acepta la tendencia innata del hombre a acumular. Pero nos dice dónde debemos invertir nuestro dinero. Como el profundo conocedor de la bolsa que nos aconseja qué acciones debemos adquirir, o en qué banco nos van a dar un mayor tanto por ciento, Jesús nos dice que coloquemos nuestro capital en el banco de Dios, donde no roban los ladrones, y donde el dinero produce al máximo.

La dificultad del tema radica en que el dinero que invierto en el cielo lo pierdo en la tierra. Es como un capital a plazo fijo que no puedo tocar durante toda la vida. Y lo pierdo ahora, porque la forma de invertir en el cielo es a través de la limosna, ayudando a los necesitados. El mejor comentario al texto de san Mateo lo tenemos en la primera carta de san Pablo a Timoteo: "Recomienda a los ricos que no sean orgullosos ni pongan su esperanza en las riquezas, que son inseguras, sino en Dios (...), que practiquen el bien, que se enriquezcan de buenas obras, que den con generosidad y liberalidad; de este modo irán atesorando para el futuro un excelente fondo con el que podrán adquirir la vida eterna" (1 Tim 6,17-19).

Esta actitud es perfectamente compatible con la obligación de mantener una familia, con las exigencias que a veces nos impone nuestra condición social o el ambiente en que vivimos. Jesús no pide que renunciemos a todo y nos vayamos a vivir debajo de un puente. Lo que pide es que seamos realistas e invirtamos bien nuestro dinero. Desde su punto de vista, el mejor regalo que un marido puede hacerle a su mujer, o unos padres a sus hijos, es este capital de la limosna acumulado en el cielo. Y quede claro que, para los judíos, la limosna no es un "paternalismo mal entendido", sino una obligación de justicia.

Exhortación a la generosidad (6,22-23)

Las palabras siguientes del Sermón del Monte son de las más oscuras del Evangelio. La traducción habitual es la siguiente: "La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad tan grande!" (6,22-23).

Esta frase tan extraña empieza a entenderse si tenemos en cuenta que para los judíos el ojo sano equivale a la generosidad, y el ojo enfermo a la tacañería. Por eso, algunos proponen esta otra traducción, que empalma muy bien con el tema que venimos comentando: "La esplendidez da el valor a la persona. Si eres desprendido, toda tu persona vale; en cambio, si eres tacaño, toda tu persona es miserable. Y, si por valer tienes sólo miseria, ¡qué miseria tan grande!"

Después de la exhortación anterior a "amontonar riquezas en el cielo", esta exhortación a la generosidad encaja perfectamente.

La gran alternativa (6,24)

"Nadie puede estar al servicio de dos amos, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero" (6,24).

Jesús no parte de la experiencia del pluriempleo, donde a una persona le puede ir bien en dos empresas distintas, sino de la experiencia del que sirve a dos amos con pretensiones y actitudes radicalmente opuestas. Es imposible encontrarse a gusto con los dos. Y eso es lo que ocurre entre Dios y el dinero.

Estas palabras de Jesús se insertan en la línea de la lucha contra la idolatría y defensa del primer mandamiento ("no tendrás otros dioses frente a mí"). El AT es en gran parte una condena de los dioses paganos y de los ídolos, rivales del Dios verdadero. Al principio, los israelitas pensaban que los únicos rivales de Dios eran los dioses de los pueblos vecinos (Baal, Astarté, Marduk, etc.). Pero los profetas les hicieron caer en la cuenta de que los rivales de Dios pueden darse en cualquier terreno, incluido el económico. Para Jesús, la riqueza puede convertirse en un dios al que damos culto y nos hace caer en la idolatría.

Naturalmente, ninguno de nosotros va a un Banco o una Caja de Ahorros a rezarle al dios del dinero, ni hace novenas a los banqueros. Pero, en el fondo, podemos estar cayendo en la idolatría del dinero. Según el Antiguo y el Nuevo Testamento, al dinero se le da culto de tres formas:

1) Mediante la *injusticia directa* (robo, fraude, asesinato, para tener más). El dinero se convierte en el bien absoluto, por encima de Dios, del prójimo y de uno mismo.

2) Mediante la *injusticia indirecta*, el egoísmo, que no hace daño directo al prójimo, pero hace que nos desprecupemos de sus necesidades (parábola del rico y Lázaro: Lc 16,19-31).

3) Mediante el *agobio por los bienes de este mundo*, que nos hacen perder la falta de fe en la Providencia. A este tema, que es fundamental para la mayoría de los cristianos, dedica Mateo el apartado más extenso de esta sección del discurso.

Sentido cristiano de la Providencia (6,25-34)

"Por eso os digo: No andéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer o a beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Fijaos en los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan; y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellos? Y ¿quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? Y ¿por qué os agobiáis por el vestido? Daos cuenta de cómo crecen los lirios del campo, y no trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como cualquier de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, la viste Dios así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe?"

Conque no andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Son los paganos quienes ponen su afán en esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero que reine su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. Total, que no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos" (6,25-34).

Algunos piensan que este pasaje es el más utópico y alienante del Evangelio, contrario a toda experiencia y al sentido común más elemental. Pero hay que ponerse en el punto de vista de Jesús, que se mueve en dos coordenadas muy distintas a las nuestras: una profunda fe en Dios y un despego absoluto con respecto a los bienes de este mundo. Porque, al ponernos como modelos a los pájaros y a los lirios, nos habla de seres que simplemente subsisten, no acumulan casas, fincas, joyas, tesoros. Para Jesús, basta con subsistir, con tener "el pan nuestro de cada día". Y está convencido de que Dios lo dará. (Los pobres, o las personas que han pasado en algunos momentos de su vida grandes necesidades, entienden esto mucho mejor que los que se limitan a discutir el problema).

Por otra parte, este texto sobre la Providencia se puede entender muy bien aplicando la teoría marxista –aunque el marxismo esté en bancarrota– de los objetivos a corto y largo plazo. Según el marxismo, el objetivo importante es a largo plazo (la dictadura del proletariado); los objetivos a corto plazo (reivindicaciones salariales, aumento del nivel de vida, video, etc.) pueden convertirse en una trampa para la clase obrera, que terminarían por aburguesarla y hacerle renunciar al objetivo primordial. Jesús, con una perspectiva humana y religiosa, adopta la misma postura. Lo importante es el "el reino de Dios y su justicia", es decir, esa sociedad perfecta que debemos anticipar los cristianos en la medida de lo posible. Dentro de ella no pueden tener cabida las desigualdades hirientes ni las injusticias, el que hermanos nuestros mueran de hambre o pasen terribles necesidades mientras a otros les sobran multitud de bienes. Pero, si nos preocupamos sólo de la comida y del vestido, de las necesidades primarias, renunciaremos a buscar ese reinado de Dios. En cambio, si nos esforzamos ante todo por el reinado de Dios, "todo eso (la comida, el vestido) se os dará por añadidura".

Para completar este tema, y para evitar una concepción alienante, es útil recordar cómo entendió la Providencia la Iglesia primitiva:

1) En primer lugar, no excluye el trabajo. A los cristianos de Tesalónica les dice Pablo claramente: "El que no trabaja, que no coma" (2 Tes 3,10).

2) Cuando alguien pasa necesidad, los demás no piden a Dios que le ayude; le ayudan ellos. Es lo que hicieron los cristianos de Grecia con los de Jerusalén (2 Cor 8-9).

Por consiguiente, creer en la Providencia no significa cruzarse de brazos ante las necesidades propias o ajenas, sino evitar la angustia, confiando en que Dios nos ayudará a través de nuestro esfuerzo y de los demás hombres. Con una formulación radical, diría que la Providencia de los demás somos nosotros. Lo malo es cuando nuestro egoísmo impide a muchas personas creer en la Providencia. En ese caso deberíamos aplicarnos las palabras de san Pablo: "Por vuestra culpa blasfeman de Dios".

* * *

En resumen, todo el mensaje de Jesús se sintetiza en dos principios básicos: 1) el valor relativo de los bienes terrenos en comparación con el valor supremo de Dios y de su reinado; 2) el valor absoluto de la persona necesitada, que exige de nosotros una postura de generosidad. (Sin olvidar que la generosidad debemos aplicarla también a ámbitos no económicos, poniendo al servicio de los demás nuestro tiempo, cualidades, preparación profesional, etc.).

¿Es muy duro este mensaje? ¿No es más duro el sistema de vida que nos hemos impuesto por actuar de forma distinta? Familias que se destrozan por problemas de herencia, padres que no pueden ver a sus hijos por exceso de trabajo, infartos, preocupaciones por ganar un dinero que luego no se puede disfrutar... Si el mayor deseo del hombre es la felicidad, deberíamos preguntarnos cómo se consigue mejor: haciéndole caso a la sociedad en que vivimos, o haciéndole caso a Jesús. La actitud que El nos enseña ante el dinero y los bienes de este mundo no es sólo una garantía para la otra vida, sino también un seguro de paz y alegría para ésta.

II. LA ACTITUD CRISTIANA ANTE EL PRÓJIMO

Curiosamente, este apartado del Sermón del Monte es el menos elaborado. Incluso el título que le doy resulta discutible si tenemos en cuenta que también se tratan otros temas. Pero la actitud ante el prójimo abre y cierra la sección. San Mateo ha dicho ya muchas cosas sobre la conducta que debemos tener con los demás. Desde el primer momento nos invita a respetar, amar, perdonar, entregarnos, ayudarles en sus necesidades. Ahora se limita a completar el mensaje anterior con algunas cuestiones. Ante todo, tratará dos actitudes contrapuestas. Diría que los versos 7,1-6 son un comentario a esas palabras que dirigió Jesús en otra ocasión a sus discípulos: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas".

"Sencillos como palomas" (7,1-5)

Ante todo, Jesús quiere impedir por parte de sus discípulos una actitud de orgullo y superioridad frente a los demás, que lleve a una postura farisea de condena de los fallos ajenos.

"No juzguéis, y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? O ¿cómo vas a decirle a tu hermano: «Deja que te saque la mota del ojo» con esa viga en el tuyo? Hipócrita, sácate primero la viga de tu ojo; entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano".

Dos argumentos usa Jesús para prohibir que juzguemos a los demás. El primero se refiere a la actitud de Dios. Esta frase puede leerse como una grave amenaza o como una gran promesa. El hombre que teme ser juzgado por Dios puede garantizarse de antemano una sentencia absolutoria. Puede conseguir el enchufe o la recomendación que le garantice el éxito. Porque Dios no va a usar una medida personal, sino la misma medida que nosotros usemos.

El segundo argumento es la hipocresía que supone juzgar a otra persona. El peligro de fariseísmo nos acompaña a todos. Por eso, Jesús nos enseña que, ante los fallos ajenos, debemos pensar que los nuestros son mayores, y que no estamos preparados para corregirlos.

En la práctica, esto puede plantear muchos problemas. ¿No nos llevaría a una tolerancia excesiva? ¿Nunca podemos corregir un fallo evidente de los demás? El tema no se puede resolver sólo con estas palabras del Sermón del Monte. Veremos que la corrección fraterna es posible y obligatoria dentro de la comunidad cristiana, y para corregir hace falta valorar, juzgar. Lo que Jesús no admitiría nunca es que una persona corrigiese a otra considerándose perfecta, con orgullo y dureza.

"Prudentes como serpientes" (7,6)

De lo anterior podría deducirse que Jesús es partidario de la teoría "todo el mundo es bueno". Jesús no es tan tonto. Y quiere prevenir a sus discípulos de un grave peligro. Sus palabras son durísimas.

"No déis lo sagrado a los perros ni les echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen, y además se vuelvan y os destrocen".

Ante todo, extraña la dureza de estas frases inmediatamente después de lo anterior. El que no puede juzgar ni condenar, ahora se siente en la obligación de considerar a otros como perros y cerdos. Estas palabras son sin duda enigmáticas y difíciles. La Didajé aplicaba esta sentencia a la Eucaristía: "Que nadie coma ni

beba de vuestra eucaristía a no ser los bautizados en el nombre del Señor. También a este respecto dijo el Señor: no entreguéis a los perros las cosas santas". Sin embargo, no parece que sea este el sentido originario de la frase.

No quiero perderme en la diversidad de teorías que se han propuesto. Propongo sólo la que me parece más convincente. Estamos al final del Sermón del Monte. Los futuros discípulos pueden sentirse entusiasmados, con ganas de que Jesús termine de hablar para lanzarse a proclamar su mensaje a todo el mundo, indiscriminadamente. (Recordar que Jesús comparará más adelante al reino de Dios con una perla). O, una vez formada la comunidad cristiana, pueden sentirse inclinados a admitir dentro de ella a cualquier persona. Las palabras de Jesús suponen un toque de atención.

Lo que está en juego no es una teoría cualquiera, ni un programa religioso o político. Es algo "sagrado", un enorme tesoro que Dios nos concede. Hay que sentir ante él un profundo respeto. Por otra parte, no todo el mundo es bueno. Hay gente que desprecia el mensaje del Evangelio y gente que incluso se irrita con él y está dispuesto a destrozar a sus portadores. No podemos concretar más el sentido de "perros" y "cerdos". Lo anterior tampoco significa que estas personas estén ya condenadas. Esa es una cuestión distinta.

Insistencia en la oración (7,7-11)

Al hablar de las obras de piedad, Mateo trató la oración e incluyó en ese contexto el "Padre nuestro". Entonces dijimos algo sobre la oración de petición. Este tema vuelve a aparecer ahora, al final del discurso.

Aunque existen otras formas de oración (alabanza, acción de gracias, etc.), Mateo se limita aquí a la oración de petición, quizá por ser la más espontánea y la que puede ofrecer ciertos peligros e incluso provocar graves problemas de fe cuando Dios no concede lo que pedimos.

"Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llaman le abren. O es que si a uno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a ofrecer una piedra? O si le pide un pescado, ¿le va a ofrecer una serpiente? Pues si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros niños, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo se las dará a los que se las piden!" (Mt 7,7-11).

Estas palabras, interpretadas literalmente, pueden provocar graves crisis de fe. Porque es natural que Dios no nos escuche cuando le pedimos que nos toque "la primitiva"; pero hay ocasiones en que Dios tampoco escucha cuando pedimos cosas muy serias, como que no se muera el marido, o la esposa, o se recupere un hijo drogadicto. Entonces, ¿por qué dice Jesús: "pedid y se os dará, buscad, llamad..."? La prueba de que estas palabras se prestan a ser malinterpretadas la

tenemos en que san Lucas, cuando escribe su evangelio, cambia el final. No dice que Dios "dará cosas buenas a los que se las piden", sino "mi Padre del cielo dará *Espíritu Santo* a los que se lo piden". Este cambio es radical. Porque, aunque no obtengamos lo que pedimos (salud, vida, etc.), debemos estar convencidos de que siempre recibiremos *Espíritu Santo*, es decir, la fuerza, la luz y la alegría de Dios para superar las mayores dificultades de la vida.

¿Tiene entonces sentido pedir por nuestras necesidades personales o por las de las personas que queremos? ¿Resolverá la oración nuestros problemas? Para aclarar este punto es bueno recordar dos oraciones que conserva el NT:

1) La de Jesús en el huerto de los olivos; es una oración trágica, que según la Carta a los Hebreos, Jesús hizo "a gritos y con lágrimas"; y el evangelio de Lucas dice que llegó a sudar sangre. A pesar de esto, a pesar de que es la única vez en que pide algo para él mismo ("pase de mí este caliz"), lo hace con dos condiciones ("si es posible" y "no se haga mi voluntad, sino la tuya"). La oración no le sirvió para librarse de la muerte, le dio fuerzas para enfrentarse a la muerte.

2) La de la primera comunidad cristiana en tiempos de persecución. Han metido en la cárcel a Pedro y Juan; cuando se ven libres, cuentan a todos lo ocurrido. Y la comunidad invoca a Dios con estas palabras: "Señor, en esta ciudad se aliaron Herodes y Poncio Pilato con paganos y gentes de Israel contra tu santo siervo Jesús, tu Ungido (...). Ahora, Señor, fijate cómo nos amenazan y *da a tus siervos plena valentía para anunciar tu mensaje*. (...) Al terminar la oración, retembló el lugar donde estaban reunidos, los llenó a todos el Espíritu Santo, y *anunciaban con valentía el mensaje de Dios*" (Hech 4,23-31).

No piden verse libres de la persecución, sino valor para seguir predicando el Evangelio, y esto es lo que Dios les concede.

Como norma general (que puede admitir excepciones) diría que la oración de petición personal no consiste en pedirle a Dios que *El resuelva* nuestros problemas, sino pedirle que nos dé fuerzas para *resolverlos nosotros*.

Resumen final: la "regla de oro" (7,12)

Es la síntesis de todo el discurso y empalma directamente con lo dicho al principio (5,17). Si alguno, después de tantos temas, se siente perdido, le basta recordar esta idea: "Todo lo que querriáis que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significan la Ley y los Profetas".

Es curioso que Jesús, después de hablar tanto de Dios, de la entrega a El, de la fe en El, ni siquiera lo menciona en su resumen final. Basta fijarse en el prójimo y en uno mismo para actuar correctamente. ¿Cómo te gusta que te traten a ti? Con respeto, afecto, que te dediquen tiempo, se interesen por tus problemas,

te ayuden si es necesario. Haz lo mismo con los demás. En el fondo, Jesús no se olvida de Dios; parte de la profunda convicción de que El es nuestro Padre y todos nosotros hijos suyos. La mayor alegría para un buen padre es ver que sus hijos se quieren.

Este es el mejor resumen, porque esto es lo que ha pretendido Jesús en todo el Sermón del Monte, y en el resto de su actividad: que la familia de los hijos de Dios, dividida por legalismos crueles, por una falsa práctica de la piedad, por un absurdo amor al dinero, se reúna de nuevo con su Padre. Esta es la mayor alegría que podemos darle. Para esto vivió, murió y resucitó Jesús. Y seguir su enseñanza es el mejor camino para dar sentido a nuestra vida.

III. REQUISITOS PARA ADOPTAR Y MANTENER UNA ACTITUD CRISTIANA (7,13-29)

Con la "regla de oro" termina la parte doctrinal del Sermón del Monte. Lo que siguen son consejos para mantener esa actitud cristiana que ha ido proponiendo Jesús.

No despreciar la puerta pequeña y el camino angosto (7,13-14)

"Entrad por la puerta angosta; porque ancha es la puerta y amplía la calle que llevan a la perdición, y muchos entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el callejón que llevan a la vida! Y pocos dan con ellos".

Jesús usa una imagen muy curiosa. La de una ciudad en la que se encuentran al mismo tiempo la perdición y la vida. Depende de la puerta y de la calle que se escoja para llegar a un sitio u otro. Estamos delante de la ciudad. Hay una puerta magnífica, que da a una calle espaciosa. Rodeando el muro, en un ángulo perdido, hay una puertecilla que pasa desapercibida; da a una calle angosta. La mayoría de la gente se va a lo fácil. No busca ni se esfuerza por hallar algo distinto.

Podríamos interpretar estas palabras con otras frases de Jesús en el evangelio de Juan: "Yo soy la puerta", "yo soy el camino". En la situación de los primeros cristianos, seguir a Jesús resultaba extraño, apartarse de la mayoría, elegir un camino y una puerta que a nadie se le ocurre. Al mismo tiempo, seguir a Jesús significa tomar una opción difícil, dura, como indican las imágenes. Hoy empieza a ocurrir lo mismo. No importa. No infravaloremos este camino y esta puerta.

Cuidado con que te engañen (7,15-20)

Hemos entrado en la ciudad por la puerta angosta. Seguimos la calle estrecha. De repente, alguien se pone a nuestro lado. Nos saluda con afecto. Es

una compañía agradable. Sin embargo, llega un momento en que nos sentimos desconcertados. Nos invita a desviarnos por una calle más ancha, más cómoda. Tenemos la sensación de que no nos aconseja como es debido. Pero tampoco estamos seguros. ¿Tiene eso importancia? ¿Qué hacer?

"Cuidado con los falsos profetas, esos que se os acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis; a ver, ¿se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, los árboles buenos dan frutos buenos; los árboles malos dan frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos, y todo árbol que no da fruto bueno se corta y se echa al fuego. Total, que por sus frutos los conoceréis" (Mt 7,15-20).

El problema de los verdaderos y falsos profetas es de los más graves en el AT y también entre nosotros. A veces escuchamos opiniones tan distintas que no sabemos a cuál atenernos. El consejo de Jesús es la calma, saber esperar hasta que cada cuál vaya dando sus frutos. Entonces se verá. Incluso de esta forma, a veces se plantean problemas muy serios, y nunca se podrán resolver los casos concretos a gusto de todos. Mientras muchos consideran a monseñor Oscar Romero un profeta y un mártir, otros (incluso obispos) lo siguen tachando de comunista. En teoría, tenemos un criterio bastante claro para dilucidar quién es el verdadero profeta: el que nos orienta de acuerdo con el mensaje y la forma de vida de Jesús. En la práctica, incluso este criterio resulta a veces difícil de aplicar, porque cada uno concibe a Jesús a su manera. En cualquier hipótesis, estas palabras que exhortan a esperar y a valorar las obras del interesado son consejos muy prácticos y siempre válidos.

Cuidado con engañarte a ti mismo (7,21-23)

En nuestro camino en busca de la vida, ¿qué es lo esencial? Ya que estamos siguiendo a Jesús, ¿será dirigirle las mejores palabras? Ya que El pasó echando demonios, haciendo milagros, ¿será lo mejor imitarlo en estas obras grandiosas?

"No basta decirme: «¡Señor, Señor!», para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo. Aquel día muchos me dirán: «Señor, Señor, ¡si hemos profetizado en tu nombre, y echado demonios en tu nombre y hecho muchos milagros en tu nombre!» Y entonces yo les declararé: "Nunca os he conocido. Lejos de mí los que practicáis la maldad".

Vivir el Sermón de Monte no es cuestión de palabras ni de obras portentosas: ni de las palabras más sublimes, como la confesión de fe "Jesús es el Señor"; ni de obras extraordinarias, como profetizar, echar demonios o hacer milagros, las que hizo el mismo Jesús. Lo que Dios quiere es que se cumpla su

designio. Y eso se hace a través de las cosas más sencillas y cotidianas, como las que ha ido exponiendo Jesús en el discurso. En eso insiste el último apartado.

Poner en práctica lo escuchado (7,24-27)

"En resumen: Todo aquel que escucha estas palabras mías y las pone por obra se parece al hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada en la roca. Y todo aquel que escucha estas palabras mías y no las pone por obra se parece al necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos, embistieron contra la casa y se hundió. ¡Y qué hundimiento tan grande!"

Mateo ha terminado el primer gran discurso de Jesús. Es una pieza genial, un esbozo impresionante de lo que El espera de quienes pretenden convertirse en discípulos suyos.

Es el momento de volver a leer el Sermón del Monte, y de examinarnos a nosotros mismos. Sin duda, queremos seguir a Jesús, como la muchedumbre. Pero no podemos contentarnos con escuchar palabras, hay que ponerlas en práctica. Es posible que alguno se sienta asustado. ¿No es algo demasiado grande y difícil lo que aquí propone? ¿Cómo reaccionará El con quien falle en el cumplimiento de esta forma de vida? El Evangelio irá aclarando la postura de Jesús. En el fondo, no se trata aquí de ofrecer una simple serie de normas, sino de proponer una alternativa radical a las otras ofertas religiosas de la época. Pero una alternativa que no implica sólo el estar de acuerdo con una serie de ideas, sino el procurar llevarlas a la práctica.

* * *

"Al terminar Jesús este discurso estaba la gente asombrada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, no como sus letrados. Y al bajar del monte lo siguió un gran gentío".

José Luis Sicre